

# HABLAMOS DE LA CARIDAD

ESTA página gira en torno a una palabra y al concepto que entraña: la palabra y el concepto de "caridad". Es la más hermosa palabra del vocabulario cristiano y aun simplemente humano, pero tan indebidamente usada, tan abusivamente usada que ha perdido hasta su pristino y auténtico sentido. Con frecuencia es confundida la caridad con la limosna y otras veces con la justicia y, lo que es peor, hasta con bastardas actitudes de presunción o mundanidades, de modo que hoy nadie parece asustarse ya de esa gran blasfemia: "Tombola de caridad", "Fiesta de caridad", etc.

Por esto conviene poner los puntos sobre las íes y delimitar bien los conceptos, siquiera para no alimentar por más tiempo en nosotros la falsa conciencia de que las monedas que damos en las terrazas de los cafés, la entrada del fútbol o los toros que se dicen para ayudar a los menesterosos o la entrega de ropa vieja tenga que ver nada con la caridad. Ni siquiera ese diez por ciento sobre los gastos superfluos que los moralistas elegantes han señalado para tranquilizar la conciencia de sus clientes. Y por otro lado para que no cometamos también por más tiempo esas torpes acciones de ofensa para la dignidad humana que nunca pueden ser caridad, como el paternalismo o el regalo tampoco lo son. Solamente el don de sí mismo a los hermanos según el ejemplo de Cristo. En la vida y en la muerte. Y ese don de sí mismo puede consistir luego tanto en una pequeña moneda, porque no se puede más, como en la ofrenda de todo un trabajo por los más necesitados de los hombres. Pero o siempre por puro amor hacia los hermanos, como un servicio y no paternalmente, desde arriba, como un regalo.

Por todo ello, en esta página, no podía faltar una siquiera pequeña antología de textos patristicos sobre el tema de la caridad, ni tampoco el recuerdo del Papa Juan, recién fallecido, y cuya vida entera estuvo emaltada de actitudes de amor y auténtica caridad hacia todos los hombres. Y ya se saben los milagros que ha obrado esta caridad. Porque los hombres se han sentido amados sencillamente, que es el sintoma de una verdadera caridad.

## Caridad y dignidad humana

CREO que es Simone de Beauvoir la que escribió, relatando recuerdos de su niñez, que cuando vio por vez primera a la gente pobre se sorprendió mucho al ver que eran hombres, mujeres y niños igual que los demás. Crea que los pobres estaban hechos de distinta materia, que no tenían nada de semejante con la aristocracia o burguesía en la que ella se estaba criando. Tal era la educación que se daba entonces a las mejores familias. En el colegio donde yo estudié, esto sucedía muchos años después de los hechos que relata Simone de Beauvoir, se acostumbraba a los alumnos, a los que un tanto despreciativamente se llamaba «gretuitos», a separarlos de los otros colegiales que estaban allí por su derecho de «pago». Estudiaban aparte, en los peores pabellones del colegio, con los profesores a los que todo el mundo consideraba como los menos capacitados; tenían su recreo aparte y tenían mucho cuidado para que no se juntáramos con ellos ni de entre ellos escogiéramos nuestras amistades. Eran seres hechos de distinta pasta a la nuestra. Estaban allí de caridad. El paso del tiempo y el trato con las gentes, añadidos a un mínimo del sentido de la justicia, ha hecho desviarnos del camino trazado por esa singular «educación» de nuestra infancia.

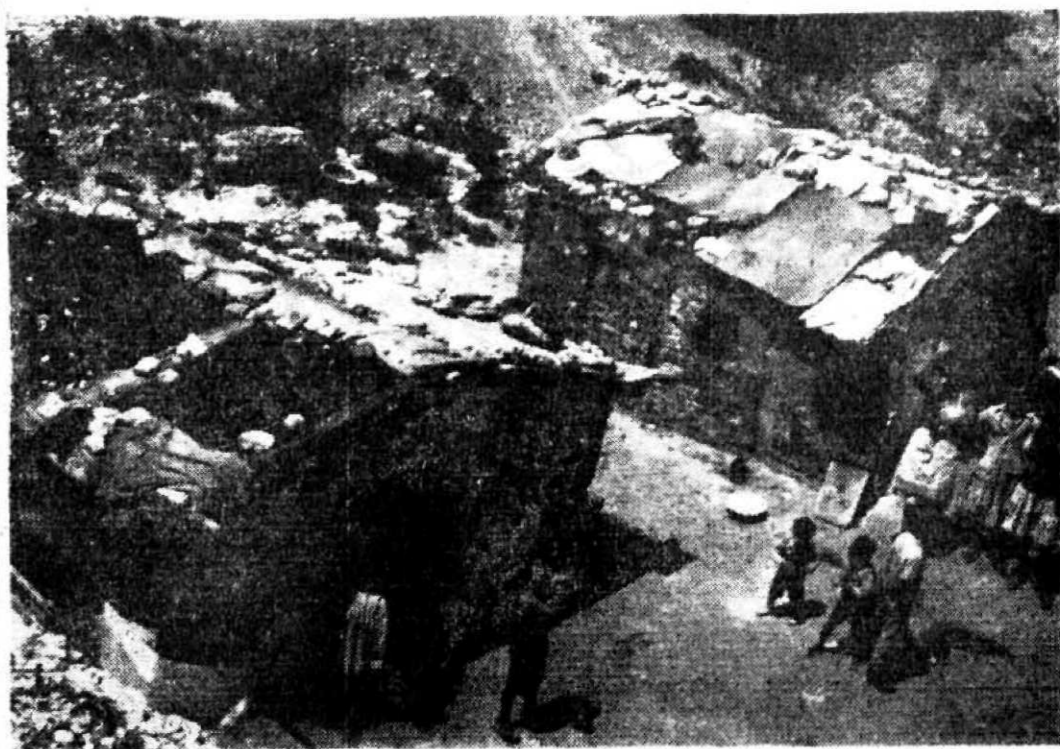
«A las zonas donde no llega la justicia se debe llevar la caridad». No vamos en este momento a discutir este axioma tan generalmente aceptado por nuestra sociedad y por nuestro tiempo, aunque sinceramente creemos que toda caridad es justicia y que no se puede hacer justicia si esta no está impregnada por el amor de la caridad. Lo cierto es que se ha hecho una separación de una verdad única y que hoy se admite una zona reservada a la justicia y unos linderos desde donde parte la caridad. Pues bien esta caridad, la que hoy está admitida bajo los términos de esta palabra, se hace muchas veces con el más abso-

luto menosprecio de la dignidad humana, como en el caso contado por Simone de Beauvoir o en el de esa «educación» singular a la que antes nos referíamos. Se desprecia a la dignidad humana al hacernos creer que los pobres están fabricados de distinta materia a la nuestra y que cuando damos una limosna a uno de ellos lo hacemos no a uno de nuestros semejantes, sino a un ser diferente a nosotros. Se menosprecia la dignidad humana cuando en los colegios se hace una separación tan tajante entre ricos o «de pago» y pobres o «gretuitos». Se desprecia a la dignidad humana cuando en las «mesas peticionarias», en las «tombolas» o en los «bailes de caridad» los «dignos señores» y las «dignas señoras» hacen todo lo posible, con su ostentación y su lujo, para quedar bien aclarado que lo que ellos hacen a los pobres es pura y simplemente un regalo.

Se desprecia a la dignidad humana cuando se hace limosna desde la hipócrita tribuna de un automóvil lujoso o cuando se regala a los niños pobres los juguetes usados, los cochecitos sin ruedas o las muñecas sin ojos ni brazos de los niños ricos. Y se desprecia a la dignidad humana porque la cosa más humillante para la dignidad y para el hombre es el sentirse socorrido por la limosna sea ésta de cualquier cualidad o cuantía, grande o pequeña, porque la dignidad humana no entiende de valores monetarios y si de cotizaciones de valores espirituales. Y por desgracia la mayor parte de la caridad moderna, de nuestra caridad, está impregnada con el símbolo de la ostentación y con el carácter de la limosna que humilla en lo más profundo a la dignidad del hombre que la recibe, a esa dignidad que es la máxima propiedad que posee nuestro hermano desvalido que todavía no ha entrado en la zona, tantas veces vedada, de la justicia.

instrucción (analfabetismo en el campo andaluz donde los latifundistas suelen tener «rasgos generosos» de vez en cuando).

JAVIER PEREZ PELLON.



## LOS CAMINOS DE LA CARIDAD

«La mujer: Justicia es que los niños coman lo que tienen ganas y no sientan frío. Justicia es que mis niños vivan. Les eché al mundo en una tierra de alegría. Y si negáis a los desventurados el pan, no hay lujo, ni hermosas palabras ni promesas misteriosas que os otorguen el perdón jamás.»—(CAMUS.)

Si queremos tener un conocimiento de la indigencia y de la miseria, no ya locales, si queremos conocer su nueva asignatura que es la geografía del hambre no tenemos más que recurrir a amplias y exactas estadísticas sobre el tema. No se trata aquí de eso. Basta constatar que efectivamente hay naciones donde se queman cosechas enteras, hombres que beben licor a sesenta pesetas la copa y apartamentos que cuestan mil pesetas al día. Mientras, hay naciones con bajísimo nivel de vida, hombres en inseguridad económica y familias que duermen en chabolas.

¿Qué hacer? Las respuestas oscilan de lo falso a lo insuficiente. En efecto son fórmulas repugnantes: los bailes elegantes, cuyos fondos tienen un fin caritativo, los desfiles de modelos y las fiestas benéficas con estrellas del cine (recordemos «Plácido»). Uno piensa ante estos fenómenos caritativos que se ha



tenido que recurrir al incentivo de la vanidad y de la diversión para poder sacar unas pesetas como si la sensibilidad humana estuviese agotada y no se pudiese apelar a ella limpiamente. Se intenta la caridad otras veces como una tonta justificación a una vida montada sobre la injusticia. Por lo menos dan estas impresiones fenómenos muy frecuentes. El del que, por ejemplo, regala un altar de plata o pasa una asignación periódica a un centro de beneficencia mientras regatea el salario a sus jornaleros cuyos hijos carecen de toda posibilidad de



## ANTOLOGIA DE LOS SANTOS PADRES

GREGORIO DE NISA († 394)

¿Cómo serás capaz de rezar tú, usurero? ¿De qué manera te atreverás a pedir a Dios una gracia, tú que estás acostumbrado a recibir siempre y no sabes dar? ¿Ignoras acaso que tu plegaria no hace otra cosa que recordar tu inhumanidad? ¿Has perdonado tu para que te atrevas a pedir perdón? ¿Quién te ha inspirado la piedad a ti para que tú te atrevas a invocarla? ¿Y quizás haces limosna, pero de dónde las sacas sino de tus horribles rapinas, del sufrimiento, de las lágrimas y suspiros de los demás? Si el pobre sabe de dónde viene tu limosna la rehusa, porque creará estar mordiendo la carne de sus hermanos y chupando la sangre de su prójimo. Te dirigirá estas formidables palabras: «No apagues mi sed con las lágrimas de mis hermanos. No des al pobre el pan amasado con los sollozos de mis compañeros de miseria. Devuelve a tu semejante lo que le has reclamado injustamente y te estará muy agradecido. ¿A qué viene ayudar a un pobre si por otro lado haces ciento? Sin esta caterva de usureros no habría esta muchedumbre de pobres. Disuelve esa tu casta y nosotros sabremos desenvolvernos por nosotros mismos.»

(Sermón "Sobre los usureros".)

GREGORIO DE NAZIANZO († 390)

Pero hay entre nosotros algunas gentes —y ello es muy triste— que, lejos de socorrer y defender a los pobres, les llenan de injurias y groserías, sosteniendo teorías vanas y absurdas; en verdad que su voz "viene de la tierra" y hablan al aire, no a oídos sabios y acostumbrados a la doctrina divina. Y esas gentes llegan hasta decir: "Es Dios mismo el que quiere su desgracia y el que hace nuestra prosperidad. ¿Quién soy yo para oponerme a sus decretos y mostrarme mejor que Él? Que las enfermedades, las desgracias y las privaciones les aflijan, puesto que Dios lo quiere". Y estos tales no testimonian su "piedad", sino cuando se trata de guardar sus cuartos y de insultar a los desgraciados. Pero su manera de discurrir muestra claramente que no están muy convencidos de que su prosperidad les viene de Dios. Porque, ¿quién podría en efecto pensar así sobre los pobres y creer que Dios es el autor de la riqueza? Cuando se tiene una cosa de Dios se dispone de ella según el espíritu de Dios.

(Sermón "Sobre la preocupación de dar a los pobres".)

JUAN CRISOSTOMO († 412)

Las cosas del espíritu también nos son comunes, incluso la santa mesa, el cuerpo del Señor, la sangre preciosa, la promesa del Reino, el agua de la regeneración, la purificación de los pecados, la justicia, la santificación, la redención, los bienes inefables "que el ojo no ha visto ni el oído escuchado, ni el corazón del hombre imaginado". ¿No es, pues, absurdo que nosotros, que comulgamos en tantos lazos comunes, en la naturaleza y la gracia, las promesas y la ley nos mostremos en materia de riqueza totalmente avidos e incapaces de conservar la igualdad de los derechos más cruciales que los animales feroces y precisamente cuando todos estos tesoros tenemos que abandonar al fin de un corto tiempo y que a causa de estos tesoros se compromete la salvación de nuestra alma porque la muerte nos divide uno a otros para conducirnos al castigo y los suplicios eternos?

(Homilía sobre David.)

¿Acaso no es un mal el detentar uno solo lo que pertenece al Señor y gozar uno solo del bien que es de todos? Si nuestras riquezas pertenecen al Señor del mundo son de los hombres que son sus servidores como nosotros, porque todo lo que pertenece al Señor es del uso de todos.

(Id.)

AGUSTIN DE HIPONA († 432)

No despreciéis a los pobres que no tienen lugar donde abrigarse. Por el contrario ellos tienen siempre un lugar adonde entrar, una casa, la morada eterna. Tienen moradas en donde desearéis entrar en vano vosotros si ahora no los recibis en las vuestras temporales. La justicia consiste en ayudar en las necesidades.

(Sermón 41. "Tratado de la Trinidad".)

AMBROSIO DE MILAN († 397)

La naturaleza no conoce ricos, no engendra sino pobres. No es de tus bienes de los que haces largueza a los pobres, es una parcela de los suyos lo que les restituies, porque es un bien común, entregado al uso de todos lo que tú solo usurpas.

(Naboth el pobre.)

Es injusto que tu semejante no sea ayudado por su semejante sobre todo cuando el Señor Dios ha querido que esta tierra fuera de la común posesión de todos los hombres. Les ha ofrecido todos sus productos, pero la avaricia ha repartido los derechos de posesión.

(Id. P. L.)

(Selección de J. JIMENEZ LOZANO.)

## Cuando la envidia se disfraza de caridad

LA caridad de muchas gentes, incluso de núcleos sociales importantes, se asemeja bastante a la envidia. Juan XXIII el llorado Pontífice, nos decía en su última Encíclica «Pacem in Terris» que uno de los fenómenos más destacados de nuestra era radicaba en la elevación y la conciencia cada vez más maduras de las clases trabajadoras. Es bien cierto; el nivel de vida y las condiciones sociales en las que se desenvuelve el mundo del trabajo van aumentando sensiblemente.

Y el aspecto social de este desarrollo molesta a muchos. Bajo una hipócrita veidura de preocupación humana, muchos dan vueltas a esta mejoría para condenarla astutamente. No se trata de quitar sus derechos a quienes han sabido ganárselos muchas veces con su sangre y siempre con su esfuerzo, sino de reducir, en un sempiterno afán clasista, a un elemental estado de grupo a quienes pugnan noblemente por mejorar de condición.

En el aspecto externo parece que molestan la corbata, el traje bien cortado y el gesto considerado como superfluo. ¿Adónde vamos a parar con estas cosas!, nos repiten hasta la saciedad los envidiosos que se disfrazan de caritativos. Nadie puede, por lo visto, salirse del tintero, es decir, del encasillado social en que los hombres han dividido la tierra. Cada cual tiene su lugar asignado dentro de la sociedad y los estamentos de clase deben ser respetados, según su opinión.

No es extraño que ciertos nostálgicos añoren los tiempos en que la miseria hacia que los grupos se diferenciaban por su propio vestir. El aristocratismo no es solamente un vestigio de clase, la más elevada; muchos sectores de la media y baja burguesía ven con malos ojos este inocente encasillamiento de los obreros. No nos referiremos, por anacronismo y pintoresca, a la reacción que

produce en la mentalidad de gentes estancadas y generalmente de avanzada edad, esta irrupción de las clases bajas en su mundo. Las respetables damas y caballeros que añoran el pasado, suelen hacerlo a través del prisma deformado de una nostalgia. Su desaparición es inevitable y como fenómeno sociológico ya no cuentan. Pero surge una nueva mentalidad; la mentalidad de quienes aspiran a que nadie entre en sus terrenos acotados. Se trata de quienes entienden la caridad clasista, quienes consideran más eficaz la ligera limosna en la mano tendida, que el abrazo o la palmada fraternal. El mundo está hecho, según piensan, y ya es perfecto. Porque siempre habrá pobres en el mundo y lo que estos pobres han de hacer es colocarse en lugar visible la etiqueta de su estado, aceptar su condición humildemente y proclamar a los cuatro vientos su agradecimiento y su conformidad.

Entonces, si llegará la limosna, el socorro y el ejercicio de todas las múltiples facetas de la virtud teológica. Y no se dan cuenta de que el mundo no es perfecto; que necesita no el parcheo de la caridad generosa o mezquina. Lo que el mundo quiere es más amor, un amor que le llegue desde la justicia, un amor que no tiene por que ser una prenda de punto apollillada, o unas alpargatas artesanas, o unos centimos para pan. Que a veces se agradece mucho más una sonrisa o un gesto entrañablemente humano que todas las riquezas de la tierra. Pero naturalmente esta aproximación representa —para estas gentes— un peligro. Porque puede suceder que las barreras que separan a los hombres se debiliten, que las clases sociales vayan acercándose y entonces ya hay una subversión del orden moral que se considera sagradamente instituido.

Mientras continuéis donde estáis —parecen decir las

amantes del orden caduco— no os faltarán nuestros consejos, nuestra ayuda, ni nuestro apoyo moral. Seguid en vuestras casas de latas, en vuestro alentar misero, en vuestra falta de esperanza y nos tendremos con vosotros. A distancia, desde luego.

Pero los caminos de Dios llevan otras direcciones. Poco a poco ya nadie quiere mendigar lo que le corresponde en justicia. Los de abajo aceptemos que algunas veces desordenadamente y sin pausa, quieren llegar deprisa al bienestar de los grupos económicamente más desarrollados, la marcha del tiempo va barriendo posiciones clasistas que no hace tantos años se consideraban poco menos que inextinguibles y en su aire nuevo sacude a la entera humanidad.

(Signe en octava plana.)

